

figurarme la alegría de sus tiernos corazones, cuando vean á su madre paseándose con delicia debajo de la sombra de arboles cultivados por sus manos. En verdad, amigo mio, me dijo enternecida la voz, que dias que así han corrido son simbolo de la felicidad de la otra vida; y no sin razon, imaginandome los de antemano he puesto á este sitio el nombre de Eliseo. Milord, está incomparable mujer es madre como es esposa, como es amiga, como es hija, y para eterno suplicio de mi corazón tambien así fue amante.

Arrobado con tan deleitosa morada les supliqué por la noche que permitiesen mientras estuviera en su casa que la Paca me entregara su llave, y la comisión de dar de comer á los pajaros. Al punto envié Julia á mi cuarto el saco de grano, y me dió su propia llave. No sé porque la admití con cierto género de sentimiento, me pareció que mas bien hubiera querido la del señor de Wolmar.

Esta mañana me he levantado muy temprano, y con la impaciencia de una priatura me he ido á encerrar en la isla desierta. Que de gratos pensamientos esperaba hallar en este solitario sitio, donde el dulce aspecto de la naturaleza sola debía espeler de mi memoria todo este orden social y facticio que tan desventurado me ha hecho! Todo cuanto voy á ver en torno de mí es obra de la que tanto quise. La contemplaré en derredor de mí; nada veré que no haya tocado su mano, besaré las flores que hayan hollado sus plantas, respiraré con el rocío el aire que ha respirado, su gusto acendrado en sus diversiones me pondrá á la vista todos sus atractivos, y en todas partes la hallaré como está retratada en lo íntimo de mi corazón.

Al entrar en el Eliseo con estas disposiciones, á deshora me acordé de las ultimas que ayer me dijo el señor de Wolmar casi en el mismo puesto, y sola la memoria de estas palabras mudó en un instante todo el estado de mi alma. Creí que veía la imagen de la virtud donde buscaba la del deleite, se ha confundido en mi espíritu esta imagen con la del semblante de la señora de Wolmar; y por la vez primera, después

de mi regreso, he visto en su ausencia á Julia; no como fué para mí, y como me complazco aun en figurármela, sino como á mis ojos todos los dias se muestra. Milord, he creído que veía á esta muger tan encantadora, tan casta, tan virtuosa en medio del mismo acompañamiento que ayer la rodeaba. En toro de ella veía á sus tres amables hijos, cara y honrosa prenda de la union conyugal y la tierna amistad, hacerle y recibir de ella mil afectuosos cariños. A su lado veía el grave Wolmar, á este esposo tan querido, tan feliz, y tan digno de serlo. Creía que veía sus penetrantes y juiciosas miradas registrar lo íntimo de mi corazón y sonrojarme todavía; creía que oía salir de su boca reprensiones bien merecidas, y amonestaciones mal escuchadas, veía en su compañía á la misma Paca. Regard viva prueba de la virtud y la humanidad triunfantes del mas ardiente amor. Ah! ¿que culpado afecto hubiera llegado á ella por medio de tan inviolable guardia? con que indignación hubiera yo sofocado los villanos raptos de una delinente y no bien estinguida pasión? y por euan despreciable me hubiera tenido si con solo un suspiro hubiera amancillado la pintura que enagenado me tenia de inocencia y honestidad? En mi memoria recapacitaba las palabras que al salir me habia dicho; y luego contemplando con ella un tiempo venidero tan lleno de embeloso, veía á esta madre tierna enjugando el sudor de la frente de sus hijos, besando sus encendidas mejillas, y abandonando mi corazón formado para amar al afecto mas dulce de la naturaleza. Hasta el nombre mismo de Eliseo recitaba en mi los descarríos de la imaginación, y escitaba en mi animo una calma preferible á la turbulencia de las mas halagüeñas pasiones. Me retrataba en algun modo el interior de la que le habia imaginado, y pensaba que una conciencia agitada nunca tal nombre habria escogido, decia yo: la paz reina en su corazón, como en el asilo que ha nombrado.

Me habia prometido agradables imaginaciones, y han sido muy mas agradables

de lo que yo esperaba. He pasado en el Eliseo dos horas, á las cuales no prefiero época ninguna de mi vida. Viendo el embeloso y la rapidez con que habian corrido, he notado que en la meditacion de los pensamientos virtuosos hay cierta especie de contentamiento interior que nunca los malos han conocido, y es el de deleitarse consigo propio. Si lo pensáramos sin preocupacion, no sé que otro deleite con este puede igualarse; veo á lo menos que quien gusta como yo de la soledad debe temer el prepararse á sí propio tormentos en ella. Acaso sacáramos de los mismos principios la llave que esplica los juicios erroneos de los hombres acerca de las ventajas del vicio y las de la virtud; porque el gozo de la virtud todo es interior, y solo aquel que la siente le conoce; pero todas las utilidades del vicio se presentan á los ojos agenos y solo el que las disfruta sabe cuanto le cuestan:

*Si la pena interna escrita
Lleváramos en la frente
¿Cuántos que envidia la gente
Les causarían piedad!* (1)

Como se hacia tarde, sin yo pensarlo, vino el señor de Wolmar á buscarme, y avisarme que Julia y él me estaban aguardando. Vds., le he dicho en disculpa mia, han sido los que me han impedido estar con Vds.; tanto me embelésó la tarde de ayer que he vuelto á disfrutar de ella esta mañana por fortuna que es chico mal, y una vez que me han aguardado Vds. no se ha perdido la mañana.

Muy bien dicho, respondió la señora de Wolmar; mas valiera aguardar hasta las doce que privarse del gusto de almorzar juntos. Nunca los forasteros son admitidos por la mañana en mi cuarto, y desayunan en el suyo. El almuerzo es

la comida de los amigos; están excluidos de él los criados, los impertinentes no vienen á él; se dice todo cuanto se piensa, se revelan los secretos propios, se da suelta á sus afectos, y puede uno abandonarse sin imprudencia á las dulces satisfacciones de la confianza y la intimidad. Casi es este el unico momento en que es licito ser uno lo que es, y así durara todo el dia! Ah, Julia, iba yo á decir, muy interesado es ese deseo! pero me contuve. La primera cosa que con mi amor he suprimido ha sido la alabanza. Alabar á uno en su cara, á menos que sea su dama, ¿que otra cosa es que tacharle de vanidad? Ya sabe V., Milord, si es posible achacar este defecto á la señora de Wolmar. No, no, la honro en demasia para no honrarla en silencio. ¿Verla, oirla, observar su conducta no es suficiente elogio suyo?

CARTA XII.

DE LA SEÑORA DE WOLMARA LA
SEÑORA DE ORBE.

ESTA escrito, amada mia, que tú has de ser en todos tiempos mi seguro contra mi propia, y que después de haberme librado con tanta dificultad de los lazos de mi corazón me has de preservar tambien de los de mi razon. Después de tantas crueles pruebas he aprendido á desconfiarme de los errores, como de las pasiones cuyos hijos tantas veces son; Ah, si hubiera tenido siempre la misma precaucion! Si en los pasados tiempos hubiera hecho menos aprecio de mis luces, menos hubiera tenido porque avergonzarme de mis afectos.

No te asuste este preambulo. Indigna sería yo de tu amistad, si todavía tuviera que consultarla acerca de asuntos graves. Siempre fué el delito ageno de mi corazón, y me atrevo á creer que está de él

(1) *Hubiera podido añadir lo que sigue, que es muy hermoso, y que igualmente al asunto se adapta:*

*Se vieran sus enemigos
En su pecho, y reducida
Toda su dicha fingida
A parecernos verdad.*